

EL

# ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena, Librería Alonzo y García, Mayor 24. Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de Navedra.

SEGUNDA ÉPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena, un mes 8 rs.—Trimestre 24.—Fuera de ella, trimestre 30.

Martes 27 de Agosto.

## El Eco de Cartagena

### UN POEMA EN AFRICA.

No muy lejos del cabo de la Ringi, en la costa africana del Mediterraneo, se descubre todavía un aduar que, en medio de una extensa llanura, abrasada por los rayos del sol, forma un delicioso oasis que convida desde lejos al fatigado viajero ó al cansado peregrino. El río Milonia, río cristiano que divide las tribus árabes de las bordas del Riff, refresca los bosques de gallardas palmeras, que forman un dosel de verdura en torno de aquella población errante, y no parece sino que los felices moradores de aquel sitio han olvidado su procedencia selvática y agreste, para consagrarse á costumbres más blandas y apacibles.

Sin embargo, en los momentos que presentamos á la consideración de nuestros lectores el aduar indicado, ocurría un acontecimiento histórico de grande trascendencia. A pocas leguas de allí y en las violadas cordilleras de Isly, se acababa de dar la sangrienta batalla de este nombre, en donde el ejército francés derrotó completamente al marroquí, ménos á algun héroe legendario de la Mauritania que es conocido con el nombre de Ab del-Kader.

Ab-del-Kader pudo retirarse á tiempo al frente de unos 25.000 ginetes, y sus avanzadas se descubrieron al día siguiente de la batalla en las inmediaciones del aduar donde hemos detenido á nuestros lectores.

La población masculina se hallaba en el ejército derrotado, y solo quedaban allí los ancianos, los niños y las mujeres: de modo que la inquietud más viva dominaba á éstas, que son siempre las que expresan más fuertemente toda clase de sentimientos. Entre aquellas mujeres africanas había una que podía considerarse como tipo verdadero de la belleza árabe: llamábase Alaya Ben Aleyat, y era oriunda de la guerrera y caballerisca tribu de Beni Sidel,

entonces comprometida en el perpetuo asedio de Melilla, tenía su padre enfermo, y procuraba, por todos los medios posibles, proporcionarle la preciosa salud.

En la misma mañana (esto sucedía en Julio de 1844), que aparecieron en el fondo de la llanura las filas negras y sombrías de la caballería de Ab del-Kader, Aleyat había ido á un fuente inmediata á llenar de agua una vasija. Reinaba un silencio completo en torno suyo, y la soledad se hacía cada vez más espantosa á medida que la incertidumbre llenaba su corazón con visible inquietud.

Varias veces había vuelto la azorada vista hacia el campo y las montañas, donde se acababa de dar la sangrienta batalla, cuando al cruzar por el lado de un antiguo muro que se alzaba como resto de una morada abandonada, se detuvo de repente: su mirada se había fijado en un hombre que, á la sombra de unos grandes árboles, dormía tranquilamente, como si aquel sueño reparador fuera indispensable para los fatigados miembros del desconocido, y ante la vista del extranjero (pues extranjero era, en efecto), no pudo ménos de experimentar un profundo sentimiento de curiosidad é interés, que la obligaron á no dar un paso más.

El que estaba dormido era un joven que vestía el uniforme de aquellos cazadores de Africa que tan buenas «razzias» hacían en los campamentos y aduares bereberes. Se había quitado el kápi, y sus rubios cabellos contrastaban con el atezado del semblante expresivo, gracioso y sereno en aquella ocasión. Con la mano derecha oprimía fuertemente su carabina, y con la izquierda se apoyaba en un morral que le servía como de almohada.

Aleyat comprendió que estaba enfrente de un enemigo de su patria, pero aquella juventud, aquel abandono, y sobre todo, cierta atracción irresistible más poderosa que su voluntad, la hizo detenerse á contemplarlo hasta que, habiendo hecho un poco ruido, el cazador despertó, y se puso de pie con rapidez extraordinaria.

El idioma español es usado entre los habitantes de aquellas costas de un modo tan agradable como anti-gramatical, y Aleyat quedó sorprendida cuando oyó decir al cazador con un lenguaje de Castilla:

—¿Quién eres? ¿Qué haces aquí?

Aleyat se sintió más vivamente impresionada al escuchar aquel lenguaje que le era conocido, y contestó en la forma que es pecuniar de aquellos tribus:

—¡Yo!... Yo soy hija de Zibel el Cib... ¿Y tu qué hacer en este sitio?

—Te dire, —contestó el cazador reparando en el vivo fuego que se desprendía de la profunda mirada de la mora. —Yo soy un soldado español que he querido conocer la guerra que los franceses hacen en tu país natal, y al efecto me alisté como voluntario en el 4.º de cazadores. Ayer asistí á la batalla de Isly, y cuando á la caída de la tarde terminó la jornada me extravié por las vecinas montañas, y después de andar vagando toda la noche he venido á amanecer en estos parajes. Fatigado por el cansancio me quedé dormido al pie de estos árboles hasta este momento que acabo de despertar en tu presencia.

Había tal sinceridad en estas palabras, que Aleyat no pudo ménos de decirle:

—Creo lo que tú dices, cristiano. Pero ¿no sabes tú que estás en tierra enemiga... que si eres descubierto morirás como enemigo de nuestra raza y religión?

—Confíesote que no he pensado en tal cosa. Más en fin, tú lo dices y es bastante. Se que estoy extraviado; no dejo de pensar que si vienen los moros darán buena cuenta de mi existencia; pero ¿que quieres! Estoy resignado... para luego que se acaben los cartuchos de mi cartuchera.

Aleyat meditó un momento, y después, como si hablara consigo misma, murmuró:

—No... no debes morir... Ser lástima... Si yo avisara, yo sería el verdugo de ese desdichado... Debo salvarlo.

Y mirando á todas partes, por temor de ser descubierta, exclamó:

—No, no querer yo que tú muéras... Cristiano, tu vida interesa me mucho, y por muy valiente que fueras sucumbirás al fin entre los míos. Uno no puede contra ciento.

—Es verdad, —replicó el cazador con indiferencia.

—Yo te salvaré.

El cazador tenía fé en su destino y dejó hacer á la compasiva Aleyat. Esta penetró en la estancia abandonada que estaba inmediata, hizo que el cazador la siguiera, y le dijo:

—No salgas de aquí; yo vendré á verte, y yo te salvaré.

TORCUATO TARRAGO.

(Se continuará.)

La «Gaceta de Jeddah» trae la noticia de haberse verificado una serie de interesantes ensayos de una nueva sustancia llamada «tonite», que á una considerable fuerza de explosión añade la mayor seguridad en la manipulación. Un pedazo de granito muy compacto de cerca de 100 kilogramos de peso, está en infinidad de pedazos, yendo estos á parar al aire á considerable altura. Igualmente demostróse su esfuerzo en el arranque de un conjunto de los árboles. La seguridad en su empleo se demostró pues, rompió un cartucho con la mano, y se encendió uno de los pedazos, abrasándose este lentamente, sin que se verificase la menor explosión. En esta última propiedad de la «tonite», está la preferencia que debe darse sobre la nitroglicerina y la dinamita, pues, á la vez que necesita una fuerte percusión para que explote, por otra parte empieza á cosa de 200 grados centígrados á prender fuego y á desenvolverse un calor de más de 100 grados centígrados, sin que haya peligro alguno.

Los kirguisos han dirigido al general Kaufmann, con motivo de los preparativos de guerra que Rusia está llevando á cabo en el Turkestan, el siguiente curioso escrito publicado en el «Bol-tin oficial» de aquel país el 9 de Julio:

«A su excelencia el gobernador general de la circunscripción del Turkestan, el general Kaufmann I.»